



Escrito en el cuerpo

Jeanette Winterson

Anagrama, 1994

La piel se compone de dos partes principales: la dermis y la epidermis.

Es raro pensar que la parte de ti que mejor conozco ya está muerta. Las células que forman la superficie de tu piel son delgadas y planas, sin vasos sanguíneos ni terminaciones nerviosas. Células muertas, más gruesas en las palmas de tus manos y las plantas de tus pies. Tu cuerpo sepulcral, que me fue ofrecido en pretérito, protege el blando centro de las intrusiones del mundo exterior. Yo soy una de esas intrusiones, acariciándote con obsesión necrofílica, amando el caparazón abandonado ante mis ojos.

Tu yo muerto se frota constantemente contra mi yo muerto. Tus células caen, se desprenden como escamas, forraje para ácaros y chinches. Lo que pierdes alimenta colonias de vida que pastan en la piel y el pelo desechados. Y tú no sientes nada. ¿Cómo ibas a sentir? Todas tus sensaciones vienen de mucho

más adentro, los lugares vivos donde la dermis se renueva y forma otro caparazón de armadillo. Eres un caballero de brillante armadura.

Rescátame. Cógeme al vuelo, deja que me aferre a ti, que te rodee la cintura con los brazos, que cabecee contra tu espalda. Tu olor me invita a dormir, puedo enterrarme en el cálido edredón de plumas de tu cuerpo. Tu piel sabe a sal, sabe ligeramente a cítricos. Cuando te paso la lengua por los pechos dejando una línea húmeda noto el imperceptible vello, el fruncido de la aureola, el cono del pezón. Tus pechos son colmenas derramando miel.

Soy una criatura que come en tu mano. Sería tu escudero y te prestaría el mejor de los servicios. Ahora descansa, deja que te quite las botas, que te de masaje en los pies, donde la piel está callosa y ulcerada. No hay nada de ti que me desagrade: ni el sudor ni la mugre, ni la enfermedad ni sus sordas marcas. Pon



AMINA-TYLER-facebook

el pie en mi regazo y te cortaré las uñas y aliviaré la tensión del largo día. Ha sido un largo día para ti hasta que diste conmigo. Estás llena de cardenales. Higos reventados, el lívido color púrpura de tu piel.

El cuerpo enfermo de leucemia duele con facilidad. Tengo que evitar cualquier brusquedad, no puedo hacerte gritar de ese placer próximo al dolor. Nos llenábamos de cardenales mutuamente, rompíamos los capilares llenos de sangre. Tubos delgados como pelos que unen las arterias y las venas, esos vasos sanguíneos ramificados que escriben los anhelos del cuerpo.

Solías ruborizarte de deseo. Entonces teníamos las riendas en la mano, y nuestros cuerpos conspiraban para darnos placer.

Mis terminaciones nerviosas eran sensibles a los minúsculos cambios en la temperatura de tu piel. No las toscas palancas de Caliente o Frío; intentaba reconocer el segundo en que tu piel se volvía más espesa. El comienzo de la pasión, una ola de calor, los latidos del corazón más hondos y más rápidos. Yo sabía que tus vasos sanguíneos se hinchaban, que tus poros se dilataban. Los efectos fisiológicos de la lujuria son de fácil lectura. En ocasiones estornudabas cuatro o cinco veces como un gato. Es muy corriente, pasa millones de veces al día en todo el mundo. Un milagro ordinario, tu cuerpo cambiando bajo mis manos. Y, sin embargo, ¿cómo creer en la sorpresa obvia? Que me desees es extraordinario, inverosímil.

Vivo en mis recuerdos como una vulgar vieja gloria. En este sillón delante del fuego, acariciando al gato, hablando en voz alta, desvariando. En el suelo hay un tratado de medicina abierto. Pera mí es un libro de hechizos. Piel, dice. Piel.

Eras blanca como la leche y fresca al paladar. ¿Perderás el color, se empañará tu luminosidad? ¿Se te hincharán el cuello y el bazo? ¿Se distenderán los rigurosos contornos de tu vientre sobre una carga estéril? Puede que así sea, y entonces el dibujo íntimo que guardo de ti será una pobre reproducción. Puede que sea así, pero si tú estás acabada yo también lo estoy.

Los sentidos especiales

El oído y la oreja: el pabellón auricular es la parte que sobresale a un lado de la cabeza. Está formado por un cartílago fibroelástico recubierto de piel y de un fino vello, y surcado por profundos canales. El más externo y periférico se llama hélice. El lóbulo es la parte blanda y flexible del extremo inferior.

El sonido viaja a unos 335 metros por segundo. Y Louise está, quizá, a unos 320 kilómetros de aquí. Si grito ahora, me oír dentro de unos diecisiete minutos. Tengo que dejar un margen de error para lo inesperado. Puede que esté buceando.

Llamo a Louise desde la puerta de la casa porque sé que no puede oírme. Aúllo a la luna por los campos. Los animales del zoo hacen lo mismo, esperando de otro de su especie les conteste. Por la noche, el zoo es el sitio más triste del mundo. Tras los barrotes, a salvo de la vivisección de las miradas, los animales gritan, especies separadas una de otra, que conocen instintivamente el mapa de la pertenencia. Elegirían predador y presa en lugar de esa extravagante seguridad. Sus oídos, más finos que los de sus guardianes, perciben sonidos de coches y de cenas para llevar a última hora. Oyen todos los ruidos humanos de angustia. Lo que no oyen es el canturreo de la maleza o el chisporroteo del fuego. Los ruidos de la caza. El rugido del río tronando contra breves chillidos. Yerguen las orejas hasta transformarlas en puntas afiladas, pero los ruidos que buscan están demasiado lejos.

Ojalá pudiera volver a oír tu voz.

La nariz: el sentido del olfato está, por lo general, menos desarrollado en los seres humanos que en otros animales.

Aún huelo con fuerza los olores del cuerpo de mi amante. El olor a levadura de su sexo. El denso olorcillo en fermentación del pan que sube. Mi amante es una cocina donde guisan perdices. Visitaré su acre guarida de techos bajos y me alimentaré de ella. Tres días sin lavarse y está a punto y caliente. Sus faldas se apartan de ella, su aroma es un aro en torno a sus caderas.

Ya antes de llegar a la puerta de la casa mi nariz empieza a moverse nerviosamente, puedo olerla cruzando la entrada y acercándose a mí. Es un perfumador de sándalo y lúpulo. Quiero destaparla. Quiero apretar la cabeza contra el muro abierto de sus ingles. Está firme y madura, un oscuro compuesto de alfalfa para el ganado y Madonna del Incienso. Es incienso y mirra, penetrantes olores hermanos de la muerte y la fe.

Cuando sangra, los olores que conozco cambian de color. Durante eso días tiene hierro en el alma. Huele como un arma de fuego.

Mi amante está amartillada y lista para disparar. Lleva en la piel el olor de su presa. Me consume al estallar como una blanca nubecilla de humo oliendo a salitre. Al dispararme contra ella todo lo que quiero son las últimas espirales del deseo que van desde su base hasta lo que los médicos llaman los nervios olfativos.

Para el gusto hay cuatro sabores fundamentales: dulce agrio amargo y salado.

Mi amante es un olivo cuyas raíces crecen junto al mar. Su fruto es verde y picante. Mi deleite está en llegar al hueso. Su pequeño hueso, duro bajo la lengua. Su hueso envuelto en piel gruesa, vetado de sal.

¿Quién se como una aceituna sin antes perforar la piel? el momento esperado, el momento en que los dientes hacen que brote un chorro de pálido jugo que tiene dentro el peso de la tierra, las vicisitudes del clima, incluso el nombre del agricultor.

Tienes el sol en la boca. El estallido de una aceituna es el amanecer de un cielo despejado. Los días cálidos que traen las lluvias. Devorar el día en que la arena te quemaba las plantas de los pies, antes de que la tormenta hiciera surgir en tu piel una erupción de burbujas de lluvia.

Nuestro olivar privado está cargado de frutos. Como un gusano, me introduciré en ti hasta el hueso, el áspero hueso envuelto en piel.

El ojo está situado en la cavidad orbital. Su forma es prácticamente esférica y mide en torno a dos centímetros y medio de diámetro.

La luz viaja a 297.600 kilómetros por segundo. Cualquier cosa que entra en el campo de visión refleja luz en los ojos. Veo el color cuando un objeto refleja una longitud de onda lumínica y todas las demás longitudes de onda



son absorbidas. Cada color tiene una longitud de onda diferente; la más larga es la de la luz roja.

¿Por eso la veo en todas las partes? Vivo en una burbuja roja hecha del pelo de Louise. Es el atardecer del año, pero no es la caída del disco de luz lo que me retiene en las sombras del patio. Es el color lo que anhelo, inundaciones de ti cayendo por los bordes del cielo sobre la tierra parda sobre la piedra gris. Sobre mí.

A veces corro hacia el atardecer con los brazos abiertos como un espantapájaros, creyendo que puedo saltar desde el borde del mundo a ese horno al rojo y arden en ti. Quisiera arrojarme en las abrasadoras venas de ese cielo inyectado en sangre.

Todos los demás colores han sido absorbidos. Los apagados matices del día nunca penetran en mi cráneo ennegrecido. Vivo entre cuatro paredes desnudas como una anacoreta. Tú eras una habitación brillantemente iluminada y yo cerré la puerta. Eras un manto de muchos colores tirado entre la basura.

¿Me ves en este mundo mío empapado de sangre? Muchacha de ojos verdes, de ojos separados y almendrados, ven en lenguas de fuego y devuélveme la vista.